

EL VALOR DE LA LECTURA

Alberto RAMOS SANTANA
(Universidad de Cádiz)

RESUMEN: *En este trabajo proponemos una cierta prevención ante afirmaciones optimistas y, a nuestro juicio, ligeramente precipitadas, sobre el éxito popular de la lectura y los periódicos a fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX. Tras recordar las altas tasas de analfabetismo, recurrimos a analizar las tiradas de algunos periódicos y los costes de impresión, para comparar posteriormente los precios de los ejemplares con una serie de salarios significativos, que nos llevan a concluir que el valor material del papel impreso era un inconveniente más para la lectura. Palabras clave: Analfabetismo, Prensa, Lectura, Costes de periódicos.*

ABSTRACT: *In this article, we propose a certain prevention in front of optimistic and, in our opinion, lightly precipitate statements on the popular success of the reading and the newspapers at the end of the Eighteenth-Century and first half of the Nineteenth-Century. After remembering the high rates of illiteracy, we try to study the editions of some newspapers and their impression costs, and we compare the prices of the paper with several significant wages that takes us to conclude that the material value of the printed paper was an inconvenience more for the reading. Keywords: Illiteracy, Press, Reading, Costs of newspapers.*

No es sencillo, aunque lo parezca, hacer una historia de la lectura.¹ En general, podemos decir que ha habido dos tendencias muy claras para tratar de conocer la lectura y los lectores. Están los casos particularizados del estudio de algún lector, de lo que podemos conocer con certeza que había leído algún personaje. El ejemplo del molinero Menocchio que estudió Carlo Ginzburg² en la Italia del siglo XVI es referencia habitual; como tam-

¹ Para esta cuestión son muy útiles las páginas de Robert Darnton «Historia de la lectura», en: Peter Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 177-208.

² Carlo Ginzburg: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, 1982.

bién lo es el caso estudiado por Robert Darnton³ del comerciante francés seguidor de Rousseau, Jean Ranson.

Otros estudios⁴ han recurrido a contabilizar y analizar la producción editorial o los catálogos de librerías y bibliotecas, para deducir sobre los hipotéticos gustos de los lectores y las tendencias editoriales.

También desde el análisis de casos particulares, se ha recurrido al estudio de las bibliotecas de personas concretas, utilizando, primordialmente, testamentos e inventarios *post mortem*, para tratar de conocer las preferencias de posibles aficionados a la lectura, siempre en el supuesto de que la tenencia de libros suponga hábito de lectura. Si estos últimos ejemplos, por su particularidad, son escasamente extrapolables, los resultados son de interés, aunque generalmente la dedicación profesional del lector analizado condiciona el contenido de las bibliotecas. Para Cádiz tenemos dos buenos casos en sendos trabajos de Arturo Morgado y Antonio García Baquero. El primero realizó un estudio sobre 24 bibliotecas de clérigos que vivieron en el Cádiz del siglo XVIII.⁵ De los casos analizados sólo nueve superan los 100 ejemplares —tres registran más de quinientos libros—, y once tienen 50 o menos libros.⁶

García Baquero⁷ nos presenta un caso excepcional. Los casi ocho centenares y medio de libros de Sebastián Martínez⁸ son muchos ejemplares comparados, incluso, con la media de las bibliotecas particulares actuales, y son una enormidad con el nivel medio de su época, con el nivel medio de la gente culta, y una excepción entre los gaditanos contemporáneos.

Los resultados de las pesquisas no parecen dejar muchos espacios para la duda: en general leían pocas personas y los gustos estaban muy determinados por la dedicación profesional o sencillamente por la necesidad de ocio. Ya Voltaire solía decir que, en su tiempo, un libro serio tenía cincuenta lectores y uno divertido quinientos.⁹

Sobre los periódicos la prevención tiene que ser igual o incluso mayor, pues las posibilidades de cuantificar el número de lectores y sus gustos son menores; pues aunque existen noticias, como comentaremos, sobre la aceptación de algunos títulos, no existen, que

³ Robert Darnton: «Readers respond to Rousseau; the fabrication of romantic sensitivity». En: *The great cat massacre and other episodes of french cultural history*, Nueva York, 1984.

⁴ Cfr. Robert Darnton: «Historia de la lectura», pp. 182 y ss.

⁵ Arturo Morgado García: «Bibliotecas clericales en el Cádiz del siglo XVIII». En: *Hispania Sacra. Revista de Historia eclesiástica*, vol. XLIII, n° 87, 1991, pp. 343-358.

⁶ De los 3.209 títulos encontrados, 1.410 eran de temática religiosa y 790 indeterminados. *Ibidem*, p. 345.

⁷ Antonio García Baquero: *Libro y cultura burguesa en Cádiz: la biblioteca de Sebastián Martínez*, Cádiz, s. a.

⁸ En el caso del ilustrado Sebastián Martínez predominan los libros dedicados a las bellas Artes, la Literatura y la Historia. *Ibidem*, p. 42.

⁹ Carlo Cipolla: *Educación y desarrollo en Occidente*, Ed. Ariel, Barcelona, 1970, p. 134.

sepamos, registros de vendedores, ni disposiciones testamentarias en las que se cuantifiquen ejemplares o colecciones variadas de prensa guardadas por hipotéticos lectores. Por ello habría que considerar que las referencias al «éxito» de la prensa en el último cuarto del siglo XVIII y primeros decenios del XIX, sin que debamos negarlas, sí deben relativizarse. Yo mismo he escrito en alguna ocasión: «La obra de Francisco Mariano Nipho y la publicación de *El pensador* iniciaron la consolidación de la prensa en nuestro país, en una segunda mitad del siglo en la que ya se dan las condiciones sociales que la prensa necesitaba para su desarrollo: un público ávido de noticias y dispuesto a pagar por ellas, unos empresarios decididos, unos periodistas entusiastas, avances técnicos...»;¹⁰ lo que, sin dejar de ser exactamente cierto —existieron las condiciones enumeradas—, si no se matiza, puede dar una imagen algo distorsionada de la realidad, pudiendo inducir a pensar que la prensa se había convertido en un fenómeno de masas ya en el cambio de siglo.

Ocurre que existen referencias al eco de determinadas publicaciones, pero no se debe olvidar que el eco se recoge en otras publicaciones y documentos emanados de un escaso número de personas que tenían un nivel cultural excepcional en el conjunto de la nación.

A la hora de plantearnos una aproximación a la historia de la lectura, tenemos que prestar atención al hecho fundamental de la situación del analfabetismo en España —y en Europa— a finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, puesto que la evidencia documental nos muestra porcentajes de analfabetos que no permiten, en ningún caso, plantear tan siquiera la posibilidad de un seguimiento masivo, ni numeroso, de la lectura, incluyendo la lectura de prensa periódica. La realidad estadística y documental es tan evidente que debemos concluir que el número de lectores de libros y periódicos debió ser casi insignificante: a finales del siglo XVIII los números delatan que más del 85 % de los españoles eran analfabetos. Todavía hacia 1860 las cifras nos descubren que en España el 73 % de la población no sabía leer, aunque podamos señalar que el porcentaje medio se reducía cinco puntos en Cádiz, donde la proporción de analfabetos desciende hasta un 68%.¹¹

Se hace necesario, pues, buscar testimonios más asépticos, datos estadísticos y documentales que nos permitan una aproximación más correcta al nivel de lectura y al seguimiento de libros y publicaciones periódicas por parte de los potenciales lectores.

¹⁰ Alberto Ramos Santana: «Prólogo» al libro de Fátima Salaverry *Historia de la Asociación de la Prensa de Cádiz (1900-1992)*, Cádiz, 1993.

¹¹ Cfr. Gloria Espigado Tocino: *Aprender a leer y escribir en el Cádiz del ochocientos*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1996, p. 57. De la misma autora: «El analfabetismo en España. Un estudio a través del Censo de población de 1877». En: *Trocadero* n° 2, Cádiz, 1990, pp. 173-192.

Cabe recordar que hace unos años Carlo Cipolla publicó una estimación del analfabetismo adulto europeo hacia 1850, con referencias bien significativas por su disparidad: Suecia, 10 %; Francia, 40-45 %; Imperio austríaco, 40-45 %; Bélgica, 45-50 %; España, 75 %; Italia, 75-80 %, por citar sólo algunas muestras destacadas. Cfr. *op. cit.*, p. 145.

Desgraciadamente no existen muchos trabajos sobre la cuestión que planteamos, por lo que las investigaciones de Paul Guinard¹² y de Luis Miguel Enciso¹³ para la prensa dieciochesca, son de utilidad y nos permiten una aproximación realista, pues, aún con pocos datos contrastados, los resultados son reveladores.

Enciso pudo realizar un análisis y seguimiento exhaustivo de dos periódicos oficiales, precisamente por eso, por ser oficiales. En su estudio sobre los periódicos estatales *Mercurio histórico político* y *Gaceta de Madrid*, ofrece información sobre la tirada de ambos periódicos y la contabilidad de los mismos. La *Gaceta* en sus mejores momentos llegó a tener una tirada de 12.000 ejemplares por número, ejemplares que se distribuían entre suscriptores, administración (gratuitamente), venta directa, ejemplares enviados a América e invendidos. En 1781, sobre un total de 609.250 ejemplares editados en siete meses —1 de Junio a 31 de Diciembre—, más del 3 % fueron para la administración y casi el 6 % se quedaron sin vender; cerca de un 15 % se entregaron a los suscriptores, un 6,5 % fueron a América y aproximadamente un 65 % se vendieron directamente.

Paul Guinard recoge la información de Enciso y amplía los datos sobre la tirada para otros periódicos de la época. Apunta Guinard que los datos sobre las tiradas, sin ser completos, son indicativos, y advierte que la prensa oficial tenía mayores tiradas que la de los particulares, debido a que incluía información política, a la que no tenían acceso los particulares, además de que eran lectura obligada para funcionarios y cargos de la administración, incluyendo, por ello, los envíos a América.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, los datos sobre tirada y venta de periódicos ofrecidos por Guinard son reveladores, como podemos ver en los siguientes ejemplos:¹⁴

Gaceta de Madrid: de 7.000 a 12.000 ejemplares en el período 1762-81, con un porcentaje de entre un 5 y un 15 % de invendidos.

Mercurio histórico y político: de 2.750 a 5.500 ejemplares entre 1756-1781, con similares porcentajes de invendidos.

El censor: 500 ejemplares de tirada en 1783.

Discursos políticos, literarios y morales: 250 ejemplares de tirada en 1789.

Espíritu de los mejores diarios: 1.390 ejemplares en 1788.

Cartas críticas periódicas destinadas a la facultad de Medicina: 500 ejemplares en 1788.

Nuevamente debemos insistir en la evidencia de los datos. Pocos lectores potenciales —como indican los índices de alfabetización—, y cortas tiradas. El caso de *El censor*, periódico de reconocida importancia cultural, del que se imprimían 500 ejemplares, es

¹² Paul J. Guinard: *La presse espagnole de 1737 a 1791. Formation et signification d'un genre*. Centre de Recherches Hispaniques. Institut d'Etudes Hispaniques. París, (1973).

¹³ Luis Miguel Enciso Recio: *Cuentas del «Mercurio» y la «Gaceta»*, Valladolid, 1957.

¹⁴ Paul Guinard: *op. cit.*, p. 62.

bien significativo, sin que olvidemos las lecturas en común, ya sean en tertulias privadas o en lugares públicos como los cafés.

Pero sobre un aspecto más nos debemos interesar. ¿Cuánto costaba imprimir un periódico? ¿Qué precio tenía para el lector? Sencillamente: ¿eran asequibles económicamente a todo tipo de posibles lectores los periódicos?

Parece que leer era una afición costosa. Eso podemos deducir de lo que decía *El duende especulativo* en 1761: «hay países donde huye la gente de leer obras, a las cuales la utilidad sola sirve de adorno, y donde hasta los apasionados a libros hallan cara una lectura».¹⁵

Paul Guinard ha tratado de evaluar los costes de impresión de los periódicos dieciochescos, para los que diferencia los periódicos oficiales, con «funcionarios», de los privados, «artesanales», en los que una misma persona cumplía normalmente la función de editor, redactor y administrador, pero que sin embargo tenían que realizar mayores cálculos para mantener la rentabilidad de las ediciones.

Guinard pone en relación la tirada, la periodicidad y los costes de edición, para calcular los posibles beneficios dejados por un periódico. Dejando de lado los periódicos oficiales, concluye que cuanto más espaciada era la periodicidad de la publicación mayor debía ser la tirada para mantener la rentabilidad. Según su cálculo los semanarios de 16-32 páginas necesitaban tiradas de 250-300 ejemplares/número para ser rentables. Los mensuales de 80-128 páginas requerían tiradas de 1.000-1.500 ejemplares/número.¹⁶ Utilizando los trabajos de González del Campillo y Enciso, Guinard¹⁷ estima el coste de impresión en 1760, en unos 65 reales el pliego en 8° para 500 ejemplares; y en 1780 a unos 80 reales el pliego en 8°. Para este último año los 80 reales se deducen de los siguientes costes: 42 reales de composición y tirada; el papel costaba a 28 reales la resma (500 hojas); y 10 reales de gastos diversos.

Por otra parte, mantener la publicación dependía primordialmente de las ventas, pues muy pocos periódicos llegaron a contar con subvenciones oficiales o particulares. La venta se realizaba de forma directa o por suscripción, aunque este sistema, salvo excepciones, no parece que tuviera mucha aceptación, ni tenía mucha ventaja para los lectores, pues a veces la suscripción salía más cara que la venta directa, cuando no se suspendía la publicación y había pérdidas para los suscriptores.¹⁸ Por ejemplo, *El censor*, en 1783, tenía 122 suscriptores para 500 ejemplares de tirada; y era de los que mejor situación mantenía.

¹⁵ *El duende especulativo, sobre la vida civil*, dispuesto por don Juan Antonio Mercadal, nº 1, Martes 9 de Junio de 1761, en Madrid, con las licencias necesarias, en la Imprenta de Manuel Martín, calle de la Cruz.

¹⁶ Como ejemplo podemos citar el caso de *Conversaciones de Perico y Marica*, publicación que conoció tres números en septiembre, octubre y noviembre de 1788, con una extensión variable (64, 72 y 46 pp.), y que con una tirada de 300 ejemplares, no pudo cubrir los gastos. Paul Guinard: *op. cit.*, pp. 62 y 340.

¹⁷ *Ibidem*, p. 63.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 65-68.

En 1771 la *Gaceta de Madrid* tenía 134 suscriptores, y en 1780, 1.606 suscriptores, para tiradas de entre 8.000 a 10.000 ejemplares.

Los precios del ejemplar variaban ampliamente, según la información que nos ofrece Guinard:¹⁹ el *Correo General de España*, costaba en 1770, 8 cuartos el número; el *Diario de Madrid* salía a 2 cuartos en la capital y a 3 cuartos el ejemplar en provincias, en el año 1786; el *Diario pinciano* costaba 4 cuartos el número en 1788; etc.

Para evaluar el coste de un periódico en la economía cotidiana de un individuo podemos comparar su precio, por ejemplo, con el de la carne. En 1789 se anunciaba en un periódico gaditano la libra de carne de vaca a 28 cuartos, y la de carnero a 32 cuartos.²⁰

Por otra parte, si consideramos los salarios de diferentes ocupaciones de la época podríamos realizar una aproximación a las posibilidades de compra de un periódico. Un Magistrado de la Audiencia de Barcelona que ganaba en 1783 unos 18.000 reales al año, se quejaba de no tener los suficientes para mantener el nivel de vida adecuado a su cargo.²¹ Es decir, ganaba unos 49 reales al día, por lo que comprar un periódico a un precio medio de, pongamos, 6 cuartos el ejemplar no suponía prácticamente nada.²² Un estudiante universitario se calcula que necesitaba en la misma época unos 8 reales diarios para subsistir;²³ por lo que comprar el mismo periódico equivalía a casi el 9 % del dinero necesario para su manutención diaria. Por último, un jornalero andaluz, ganaba, en el mismo año de 1783, 4 reales y 3/4 el día²⁴ que trabajaba, por lo que si estuviera en condiciones de poder comprar el periódico —si es que sabía leer, cosa bastante improbable— se tendría que gastar más del 16 % de su jornal en el periódico.²⁵ Sin duda, preferiría antes comprar alimentos que periódicos.

Parece claro, pues, que entre la escasez de potenciales lectores, debido a las tasas de alfabetos, y al coste del periódico, que dificultaba su compra, no extraña que mantener un periódico fuese difícil.

Sin embargo, si el periódico no era un buen negocio —como parecía decir el editor de *El bufón de la corte* en 1767²⁶—, una imprenta podía ser una institución rentable. Así se

¹⁹ Cfr. *Ibidem*, p. 67.

²⁰ Cfr. *Hebdomadario de Cádiz*, del 27 de Octubre de 1789.

²¹ Jaime Vicens Vives, Dir.: *Historia de España y América, social y económica. Volumen IV. Los Borbones. El siglo XVIII en España y América*, Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1974, p. 34.

²² Calculamos que un real tenía 34 maravedís; y un cuarto eran 4 mrs. Por tanto, el salario diario del magistrado era de 1.666 mrs./día; o de unos 416 cuartos.

²³ J. Vicens Vives: *op. cit.*, p. 81.

²⁴ Pierre Ponsot: *Atlas de Historia económica de la Baja Andalucía (siglos XVI-XIX)*, Editoriales Andaluzas Reunidas, Sevilla, 1986, p. 550.

²⁵ Si hiciéramos un cálculo similar con un salario base de 65.000 pesetas —2.166 pesetas/día—, en la actualidad un trabajador se gastaría más de un 5 % de su salario en comprar un periódico.

²⁶ «...no se me dará cuatro cuartos de que no se compren estos desperdicios inocentes del tiempo: Gracias a Dios yo no necesito los sudores de la prensa para morir de hambre...». *El bufón de la corte*, nº 1, Madrid, Imprenta de don Gabriel Ramírez, año de 1767.

desprende de la documentación que sobre la Imprenta de la Casa de Misericordia (el Hospicio) se guarda en el Archivo de la Diputación Provincial de Cádiz. En una reunión de la «Junta de Gobierno de la Casa de Misericordia» celebrada el 25 de Enero de 1812, se conoció un «Oficio del juez del Crimen» con una orden de multar al Maestro de Imprenta José Antonio Barreto con cincuenta mil ducados «por defecto en una impresión». Según el Oficio que se adjunta al Acta, la multa se debía a que el impresor había omitido «su nombre y el lugar de impresión en la obra titulada *Continuación al Diccionario razonado*». La Junta acordó pagar la multa por insolvencia del Maestro y para evitar «el perjuicio que resultaría de quedar parada la imprenta por la falta de su maestro».²⁷ Y es que la imprenta era una de las principales fuentes de financiación de la Casa de la Misericordia, por lo que la ausencia de trabajo provocaba un auténtico problema para la consecución de recursos.²⁸

Si este asunto parece alejado del tema de este artículo, la situación de la imprenta, que volvió a deteriorarse en los años treinta, nos sirve para reencauzar la evaluación del coste de la lectura de periódicos en el siglo XIX.

En 1836 la Casa de la Misericordia parece que volvió a pasar por una difícil situación económica, por lo que inició gestiones tendentes a asegurarse, mediante su imprenta, la provisión de fondos. En reunión celebrada el 2 de Diciembre de 1836, la Junta de la Casa de Misericordia²⁹ solicitó que las impresiones que necesitara la Diputación Provincial se realizaran en la imprenta de la institución benéfica. Junto a la petición, la Casa de la Misericordia hizo una variada oferta de precios de impresión, según los caracteres de letras usados. Así, por la impresión de una resma del carácter de letras de los modelos 1, 2, 3 y 4 el precio era de 80 reales. Por la impresión de una resma del carácter de letras del modelo 5, el precio subía a 90 reales. Y si la impresión de la resma se hacía con el carácter de letras del modelo 6, la cifra ascendía a 100 reales. En todos los casos, se advertía que los precios variarían según el papel que se usara; y en carta de 26 de Enero de 1837 se especificaba que en los precios anunciados no estaban incluidos los gastos de papel. Pese a ello la Diputación acordó encargar todas sus impresiones a la Casa de la Misericordia y recomendar al Ayuntamiento de Cádiz que hiciera lo mismo.

²⁷ Archivo de la Diputación Provincial de Cádiz (A.D.P.C.), Libro n° 517. «Libro de Actas de la Junta de Gobierno de la Casa de Misericordia». Junta 289, de 25 de Enero de 1812.

²⁸ Fue lo que ocurrió dos años más tarde, en 1814, cuando en agosto se trató del problema de la falta de trabajo en la imprenta, con una propuesta de veintidós puntos para remediar el «actual estado de escasez de fondos...». En la proposición 9 se especifica que «Hallándose parada la Imprenta por falta de trabajo y resultando de esto una disminución en los ingresos para alimentar a los pobres...», se solicitó a los organismos oficiales y a los «editores de papeles públicos» que encarguen sus trabajos de impresión a la Casa de Misericordia, «que los desempeñará tan bien como cualesquiera otra imprenta y a precios tan cómodos o más». A.D.P.C., Libro n° 517. «Libro de Actas de la Junta de Gobierno de la Casa de Misericordia». Junta 322 de 10 de Agosto de 1814.

²⁹ A.D.P.C., Caja n° 143.

El mismo 26 de Enero se produjo una protesta del impresor Domingo de Feros por el monopolio que se concedía por parte de la Diputación a la Casa de la Misericordia, argumentando que sus trabajos eran de más calidad y más baratos. Escribe Domingo de Feros que si la impresión tenía un coste de 80 reales/resma, había que añadir el precio del papel, a 55 reales la resma, por lo que la imprenta de la Casa de la Misericordia cobraría 135 reales/resma impresa; sin embargo sus precios oscilaban entre 115 o 125 reales, lo que supone un ahorro de 15 o 20 reales por resma impresa.³⁰

Con la información que tenemos, para una mejor comprensión de los valores que estamos manejando, podíamos realizar una comparación con los precios de una resma en la actualidad. A finales de 1996 una resma de papel costaba 3.150 pesetas.³¹ En 1837, el precio de la resma era de 55 reales.

Un maestro ganaba en 1846 en Cádiz una media de 998 pesetas año, es decir 3992 reales/año, unos 332 reales/mes (11 reales/día).³² Si el salario anual se le abonara en resmas, al precio de 1837, se le entregarían 72 resmas. El sueldo anual de un maestro en 1996 era de 3.508.380 pesetas.³³ Si se le pagara en resmas percibiría 1.113 resmas. La comparación, aunque anecdótica, nos parece significativa.

En 1843 el jornal medio de un trabajador del campo andaluz, concretamente de la comarca de Jerez, era de 5 y medio reales³⁴ el día trabajado, pues no podemos olvidar que en esa época había unos ciento veinte días sin trabajo, como mínimo. El precio del diario *El jerezano* en ese mismo año era de seis cuartos, es decir 24 mrs. (un real eran 34 mrs.), por lo que comprar el periódico equivalía a casi el 13 % del jornal de un día de trabajo. Si el cálculo lo hicieramos sobre 230 días de trabajo, saldría un salario aproximado de 1265 reales/año. Comprar el periódico todos los días valdría unos 257,5 reales. Es decir, la quinta parte del salario anual del jornalero.³⁵

³⁰ Estos precios no son comparables, empero, a los que figuran en una factura que la propia Casa de la Misericordia trataba de cobrarle a la Diputación en 1838. La factura en cuestión estaba fechada el 8 de Mayo de 1814 —¡24 años antes!—, y según la misma, la institución benéfica trataba de cobrar a la Diputación la resma en blanco a 176 reales; y la resma de papel marquilla impresa a casi 293 reales. Gobierno interior, Cádiz 1838, nº 55. «La Junta de la Casa de la Misericordia sobre cobro de 24.215 rs. de impresión y papel». Actas, punto 20, sesión 16 de Junio de 1838, y punto 13, sesión 16 de Julio de 1838. A.D.P.C., Caja nº 143.

³¹ Una resma se divide en 20 manos de papel; y cada mano consta de 25 pliegos. Por tanto, como en el siglo XVIII, una resma equivale a 500 pliegos. Con un pliego salen o 16 hojas (32 páginas) de cuarto. El cálculo lo hacemos con un papel de 80 gramos de peso por metro cuadrado, y un pliego de tipo medio de 64 _ 88 cm. La información nos ha sido facilitada por Carlos Spínola, de Ingrasa, entidad que imprime *Diario de Cádiz*.

³² Cfr. Gloria Espigado: *op. cit.*, p. 336.

³³ Los datos corresponden a un profesor que en 1996 tenía dos sexenios como complemento. Cfr. *T. E. Trabajadores de la enseñanza*, nº 193, Mayo de 1998, p. 36.

³⁴ Pierre Ponsot: *op. cit.*, p. 550.

³⁵ Imaginando un trabajador actual con un salario base de 65.000 pesetas al mes, si quisiera comprar un diario durante todo el año, le dedicaría poco más del 6 % de su remuneración.

Otros periódicos de años cercanos tenían precios similares. El *Diario mercantil de Cádiz*, costaba también seis cuartos, en 1828.³⁶ El diario gaditano *El nacional* (del día 19 de Octubre de 1846) se vendía a 5 cuartos; más barato era *El aldeano*, periódico editado en Puerto Real, que se vendía los jueves y domingos, a un precio de tres cuartos (6 de Abril de 1837); el *Diario de Jerez* (26 de Octubre de 1855) sólo anuncia los precios de las suscripciones: 8 reales al mes en Jerez, y 10 reales/mes en Cádiz y El Puerto de Santa María.³⁷

Debemos concluir retomando la cuestión que planteábamos al principio. ¿Quiénes leían en la época que hemos tratado? ¿Quién podía comprar un periódico a fines del XVIII y en el XIX? La respuesta es que muy poca gente: había pocos lectores potenciales, como comprobamos por las tasas de analfabetismo; las tiradas, al menos las que conocemos, eran cortas; y las publicaciones, especialmente los periódicos, eran caros, muy caros. Evidentemente podemos concluir que el libro y el periódico, había que considerarlos como productos de lujo, absolutamente minoritarios.

³⁶ Cfr. *Diario mercantil de Cádiz*, del 6 de Febrero de 1828. Curiosamente, en el número del día anterior, 5 de Febrero, en su última página se anunciaban, entre otros precios, los de diferentes tipos de resmas de papel. Se anuncian siete tipos, con calidades y precios diferentes: el más caro, entre 60 y 70 reales la resma, era el «floreto superior de Cataluña»; el más barato, el «de estraza», que se vendía entre 10 y 12 reales la resma.

³⁷ Parece comprobado que, para mediados de la década de los cincuenta del pasado siglo, el salario medio de un jornalero andaluz estaba muy por debajo de los 4 reales y 1/2 que antes indicábamos. Por ejemplo, Manuel Tuñón de Lara recoge un salario, «en torno a 1850», de unos 2 reales. Cfr. *El movimiento obrero en la historia de España*, Ed. Taurus, Madrid, 1972, p. 68. De ser así, y calculando una media de 20 o 22 días de trabajo al mes, es decir, 40 o 44 reales mensuales, el trabajador tendría que dedicar entre un 20 y un 25 % de sus ingresos mensuales a la compra del diario.